

JUDIT

I.- La campaña de Holofernes

Nabucodonosor y Arfaxad.

1 ¹ El año doce del reinado de Nabucodonosor, que reinó sobre los asirios en la gran ciudad de Nínive, Arfaxad, que por aquel tiempo era rey de los medos, en Ecbátana, ² rodeó esta ciudad con un muro de piedras de sillería, de tres codos de anchura y seis de longitud, y dio al muro una altura de setenta codos y una anchura de cincuenta. ³ Alzó torres de cien codos junto a las puertas; sus cimientos medían sesenta codos de anchura. ⁴ Las puertas se elevaban a setenta codos de altura, y tenían cuarenta de ancho, de modo que permitiesen la salida de sus fuerzas y el desfile ordenado de la infantería.

⁵ Por aquellos días, el rey Nabucodonosor hizo la guerra contra el rey Arfaxad, en la gran llanura que está en el territorio de Ragau. ⁶ Se le unieron todos los habitantes de las montañas, todos los de las riberas del Éufrates, el Tigris y el Hidaspes, y los de la llanura de Arioj, rey de Elam. Se congregaron, pues, numerosos pueblos para combatir a los hijos de Jeleúd.

⁷ Además, Nabucodonosor, rey de Asiria, envió mensajeros a todos los habitantes de Persia y a todos los de Occidente: a los de Cilicia, Damasco, el Líbano y el Antilíbano, y a cuantos viven en el litoral; ⁸ a todos los pueblos del Carmelo y Galaad, de la Galilea superior y de la gran llanura de Esdrelón; ⁹ a todos los de Samaría y sus poblaciones, y a los del otro lado del Jordán, hasta Jerusalén, Batanea, Jelús, Cadés, el río de Egipto, Tafnes, Remeses y toda la tierra de Gosen, ¹⁰ y hasta más arriba de Tanis y Menfis; a todos los habitantes de Egipto, hasta los confines de Etiopía. ¹¹ Pero los moradores de toda aquella tierra despreciaron el mensaje de Nabucodonosor, rey de los asirios, y no quisieron acompañarle a la guerra, pues no le temían, dado que le consideraban un hombre sin apoyo. Así que despidieron a los mensajeros de vacío y afrentados. ¹² Nabucodonosor experimentó una gran cólera contra toda aquella tierra y juró por su trono y por

su reino que tomaría venganza y pasaría a cuchillo todo el territorio de Cilicia, Damasco y Siria, y a todos los habitantes de Moab, a los amonitas, a toda la Judea y a todos los de Egipto, hasta los confines de los dos mares.

Campana contra Arfaxad.

¹³ El año diecisiete libró batalla con su ejército contra el rey Arfaxad; lo derrotó en el combate y puso en fuga a todas las fuerzas de Arfaxad, a su caballería y a todos sus carros. ¹⁴ Se apoderó de sus ciudades, llegó hasta Ecbátana, ocupó sus torres, devastó sus calles y convirtió en afrenta su hermosura. ¹⁵ Alcanzó a Arfaxad en las montañas de Ragau, lo atravesó con sus lanzas y lo destruyó por completo.

¹⁶ Luego regresó con sus soldados y con una inmensa multitud de gente armada que se les había agregado. Y se quedó allí con su ejército, viviendo en la molicie, durante ciento veinte días.

Campana occidental.

2 ¹ El año dieciocho, el día veintidós del primer mes, se celebró consejo en el palacio de Nabucodonosor, rey de Asiria, para concretar la venganza que había de tomarse de toda aquella tierra, tal como lo había anunciado. ² Convocó a todos sus ministros y a todos sus magnates, y expuso ante ellos su secreto designio, decidiendo personalmente la total desgracia de aquella tierra. ³ Así, pues, sentenciaron que debía ser destruida toda persona que no hubiera secundado su invitación.

⁴ Acabado el consejo, Nabucodonosor, rey de Asiria, llamó a Holofernes, jefe supremo del ejército y segundo suyo, y le dijo: ⁵ «Esto dice el gran rey, señor de toda la tierra: En cuanto salgas de mi presencia, toma contigo hombres de valor probado, unos ciento veinte mil infantes y una gran cantidad de caballos, con doce mil jinetes, ⁶ y marcha contra toda la tierra de occidente, pues no secundaron mi invitación. ⁷ Ordénales que

pongan a tu disposición tierra y agua, porque partiré airado contra ellos y cubriré toda la superficie de la tierra con los pies de mis soldados, a los que entregaré el país como botín. ⁸ Sus heridos llenarán sus barrancos; sus ríos y torrentes, repletos todos de cadáveres, se desbordarán; ⁹ y los deportaré hasta los confines de la tierra. ¹⁰ Parte, pues, y comienza por apoderarte de su territorio. Si se rinden a ti, resérvamelos para el día de su vergüenza. ¹¹ Pero no perdones a los rebeldes. Entrégalos a la muerte y al saqueo en todo el país conquistado. ¹² Juro por mi vida y por el poderío de mi reino que, tal como lo he dicho, lo cumpliré por mi propia mano. ¹³ Por tu parte, no omitas ni una sola de las órdenes de tu señor; las cumplirás estrictamente, sin tardanza, tal como te lo he mandado.»

¹⁴ Holofernes, una vez que salió de la presencia de su señor, convocó a todos los príncipes, jefes y capitanes del ejército asirio, ¹⁵ y eligió a los hombres más selectos para la guerra, como lo había ordenado su señor: unos ciento veinte mil hombres, más doce mil arqueros a caballo, ¹⁶ y los puso en orden de combate, como se ordena una multitud para la batalla. ¹⁷ Tomó una gran cantidad de camellos, asnos y mulas para el bagaje e incontable número de ovejas, bueyes y cabras para el avituallamiento; ¹⁸ provisiones abundantes para cada hombre y muchísimo oro y plata de la casa real.

¹⁹ Holofernes se puso después en camino con todo su ejército, precediendo al rey Nabucodonosor, y cubrió todo el territorio de occidente con sus carros, sus caballos y sus mejores infantes. ²⁰ Se les agregó una multitud tan numerosa como la langosta y la arena de la tierra, que les seguía en tan gran número que no se podía calcular.

Etapas del ejército de Holofernes.

²¹ Se alejaron de Nínive tres jornadas de camino hasta la llanura de Bectilez, y acamparon junto a esta ciudad, cerca del monte que está a la izquierda de la Cilicia superior. ²² De allí partió hacia la montaña, junto con todo su ejército, infantes, jinetes y carros. ²³ Desbarató Put y Lud, devastó el territorio de los rasisitas y los ismaelitas que habitan al borde del desierto, al sur de Jeleón; ²⁴ atravesó el Éufrates, recorrió Mesopotamia,

arrasó todas las ciudades altas que dominan el torrente Abroná y llegó hasta el mar. ²⁵ Se apoderó del territorio de Cilicia y, derrotando a cuantos se le oponían, alcanzó la frontera de Jafet por el sur, frente a Arabia. ²⁶ Cercó a todos los madianitas, incendió sus tiendas y saqueó sus aduares; ²⁷ descendió hacia la llanura de Damasco, al tiempo de la siega del trigo, incendió todos sus cultivos, exterminó sus rebaños de ovejas y bueyes, saqueó sus ciudades, devastó sus campos y pasó a cuchillo a todos sus jóvenes. ²⁸ Su presencia llenó de temor y espanto a todos los habitantes del litoral. Los de Sidón y Tiro, los habitantes de Sur y Oquina, los de Yamnia, Asdod y Ascalón temblaron ante él.

3 ¹ Entonces le enviaron mensajeros para decirle en son de paz: ² «Nosotros, siervos del gran rey Nabucodonosor, nos postramos ante ti. Trátanos como mejor te parezca. ³ Nuestras granjas y todo nuestro territorio, nuestros campos de trigo, los rebaños de ovejas y bueyes, todas las majadas de nuestros campamentos, están a tu disposición. Haz con ellos lo que quieras. ⁴ También nuestras ciudades y los que las habitan son siervos tuyos. Ven, dirígete a ellas y haz lo que te parezca bien.» ⁵ Los enviados se presentaron ante Holofernes y le comunicaron estas palabras.

⁶ Entonces él bajó con todo su ejército al litoral, puso guarniciones en las ciudades altas y les tomó los mejores hombres en calidad de tropas auxiliares. ⁷ Los habitantes de las ciudades y todos los de los contornos salieron a recibirle con coronas y danzando al son de tambores. ⁸ Holofernes saqueó sus santuarios y taló sus bosques sagrados, pues había recibido la orden de destruir todas las divinidades del país, para que todas las gentes adorasen únicamente a Nabucodonosor, y todas las lenguas y todas las tribus le proclamasen dios.

⁹ Llegó después frente a Esdrelón, junto a Dotán, que está ante la gran sierra montañosa de Judea. ¹⁰ Acampó entre Gueba y Escitópolis y se detuvo allí un mes, haciendo acopio de provisiones para su ejército.

Alerta en Judea.

4 ¹ Los israelitas que habitaban en Judea oyeron todo cuanto Holofernes, jefe supremo del ejército de Nabucodonosor, rey de

Asiria, había hecho con todas las naciones: cómo había saqueado sus templos y los había destruido, ² y se apoderó de ellos el miedo, temblando por la suerte de Jerusalén y por el templo del Señor, su Dios, ³ pues hacía poco que habían vuelto del destierro y apenas si acababa de reunirse el pueblo de Judea y de ser consagrados el mobiliario, el altar y el templo profanados .

⁴ Pusieron, pues, sobre aviso a toda la región de Samaria, a Coná, Bet Jorón, Belmáin, Jericó, y también Joba, Esorá y el Valle de Salén, ⁵ y ocuparon con tiempo todas las alturas de las montañas más elevadas. Fortificaron los poblados que había en ellas e hicieron provisiones con vistas a la guerra, pues acababan de cosechar la mies de los campos. ⁶ El sumo sacerdote Joaquín, que estaba entonces en Jerusalén, escribió a los habitantes de Betulia y Betomestáin, que está frente a Esdrelón, a la entrada de la llanura cercana a Dotán, ⁷ ordenándoles que tomaran posiciones en las subidas de las montañas que dan acceso a Judea, pues era fácil detener allí a los atacantes por la angostura del paso, que sólo permite avanzar dos hombres de frente. ⁸ Los israelitas cumplieron la orden del sumo sacerdote Joaquín y del Consejo de Ancianos de todo el pueblo de Israel, que se encontraba en Jerusalén.

Las grandes rogativas.

⁹ Todos los israelitas clamaron a Dios con gran fervor, y con gran fervor se humillaron. ¹⁰ Se ciñeron de sayal junto con sus mujeres, sus hijos y sus ganados, los forasteros residentes, los jornaleros y los esclavos. ¹¹ Todos los hombres, mujeres y niños de Israel que habitaban en Jerusalén se postraron ante el templo, cubrieron de ceniza sus cabezas y extendieron las manos ante el Señor. ¹² Cubrieron el altar de saco y clamaron insistentemente, todos a una, al Dios de Israel, para que no entregase sus hijos al saqueo, sus mujeres al pillaje, las ciudades de su herencia a la destrucción y las cosas santas a la profanación y al ludibrio, para mofa de los paganos. ¹³ El Señor oyó su voz y se dio cuenta de su angustia.

El pueblo ayunó largos días en toda Judea y en Jerusalén, ante el santuario del Señor Omnipotente. ¹⁴ El sumo sacerdote Joaquín y todos los que oficiaban ante el Señor

(sus sacerdotes y ministros), ceñidos de sayal, ofrecían el holocausto perpetuo, las oraciones y las ofrendas voluntarias del pueblo, ¹⁵ y con la tiara cubierta de ceniza clamaban al Señor con todas sus fuerzas para que velara benignamente por toda la casa de Israel.

Consejo de guerra en el campamento de Holofernes.

5 ¹ Se dio aviso a Holofernes, jefe supremo del ejército asirio, de que los israelitas se habían preparado para la guerra, que habían cerrado los pasos de las montañas, fortificado todas las alturas de los montes elevados y puesto trampas en las llanuras. ² La noticia le irritó sobremanera. Mandó llamar a todos los jefes de Moab, a los generales de Amón y a todos los sátrapas del litoral, ³ y les dijo: «Cananeos, hacedme saber quién es este pueblo instalado en la montaña, qué ciudades habita, cuál es la importancia de su ejército y en qué estriba su poder y su fuerza; qué rey está a su frente y manda a sus soldados; ⁴ y por qué, a diferencia de todos los demás pueblos de occidente, han desdeñado salir a recibirme.»

⁵ Entonces Ajior, general en jefe de los amonitas, le dijo: «Escucha, señor, las palabras de tu siervo y te diré la verdad sobre este pueblo que habita esta montaña junto a la que te encuentras. No saldrá mentira de la boca de tu siervo. ⁶ Este pueblo desciende de los caldeos. ⁷ Al principio se fueron a residir a Mesopotamia, porque no quisieron dar culto a los dioses de sus padres, que vivían en Caldea. ⁸ Se apartaron de la tradición de sus antepasados y adoraron al Dios del Cielo, al Dios que habían reconocido. Por eso los arrojaron de la presencia de sus dioses y ellos se refugiaron en Mesopotamia, donde residieron por mucho tiempo. ⁹ Su Dios les ordenó abandonar su residencia y marchar a la tierra de Canaán; se establecieron en ella y se vieron colmados de oro, plata y gran cantidad de ganado. ¹⁰ Bajaron después a Egipto, porque el hambre se extendió por el territorio de Canaán, y permanecieron allí mientras dispusieron de alimentos. Allí se multiplicaron de tal manera que no se podía contar a los de su raza. ¹¹ Pero el rey de Egipto se mal dispuso con ellos y los engañó con el trabajo de los adobes; los humilló y los redujo a esclavitud. ¹² Clamaron a su Dios,

que castigó a la tierra de Egipto con plagas incurables. Los egipcios, entonces, los arrojaron lejos de sí. ¹³ Dios secó a su paso el mar Rojo ¹⁴ y los condujo por el camino del Sinai y Cadés Barnea. Arrojaron a todos los moradores del desierto, ¹⁵ se establecieron en el país de los amorreos y aniquilaron por la fuerza a todos los jesbonitas. Pasaron el Jordán y se apoderaron de toda la montaña; ¹⁶ expulsaron a su paso a los cananeos, peizitas, jebuseos, siquenitas y a todos los guirgasitas, y habitaron allí por mucho tiempo. ¹⁷ Mientras no pecaron contra su Dios, vivieron prósperamente, porque tienen un Dios que odia la injusticia. ¹⁸ Pero cuando se apartaron del camino que les había impuesto, fueron duramente aniquilados por múltiples guerras y deportados a tierra extraña. El templo de su Dios fue arrasado y sus ciudades cayeron en poder de sus adversarios. ¹⁹ Pero ahora, convertidos ya a su Dios, han vuelto de los diversos lugares por los que habían sido dispersados, han tomado posesión de Jerusalén, donde se encuentra su santuario, y se han establecido en la montaña que había quedado desierta. ²⁰ Así, pues, dueño y señor, si hay algún extravío en este pueblo, si han pecado contra su Dios y vemos que hay en ellos algo que merezca su ruina, subamos y ataquémoslos. ²¹ Pero si no hay iniquidad en esa gente, que mi señor se detenga, no sea que su Dios y Señor los proteja con su escudo y nos convirtamos en la irrisión de toda la tierra.»

²² Cuando acabó Ajior este discurso, se alzó un murmullo entre toda la tropa que estaba en torno de la tienda, y los magnates de Holofernes y los habitantes de la costa y de Moab hablaron de despedazarle. ²³ «¡No tememos a los israelitas! No son gente que tenga fuerza ni vigor para un combate duro. ²⁴ ¡Subamos y serán un bocado para todo tu ejército, señor Holofernes!»

Ajior es entregado a los israelitas.

6 ¹ Calmado el tumulto provocado por los hombres que estaban en torno al Consejo, Holofernes, jefe supremo del ejército de Asiria, dijo a Ajior ante todas las tropas extranjeras y de los moabitas: ² «¿Quién eres tú, Ajior, y quiénes los mercenarios de Amón, que te permites hoy lanzar profecías entre nosotros y nos aconsejas que no luche-

mos contra esta ralea de Israel, porque su Dios los protegerá con su escudo? ¿Qué otro dios hay fuera de Nabucodonosor? Éste enviará su fuerza y los extirpará de la superficie de la tierra, sin que su Dios pueda librarlos. ³ Nosotros, sus siervos, los batiremos como si fueran sólo un hombre, ⁴ y no podrán resistir el empuje de nuestros caballos. Los pasaremos a fuego sin distinción. Sus montes se embriagarán de su sangre y sus llanuras se colmarán con sus cadáveres. No podrán mantenerse a pie firme ante nosotros y serán totalmente destruidos, dice el rey Nabucodonosor, señor de toda la tierra. Lo ha dicho y no quedarán sin cumplimiento sus palabras. ⁵ En cuanto a ti, Ajior, mercenario amonita, que has pronunciado este discurso el día de tu perdición, a partir de ahora no volverás a verme hasta el día en que tome venganza de esa ralea venida de Egipto. ⁶ Entonces, el hierro de mis soldados y la lanza de mis servidores te atravesará los costados y caerás junto a sus heridos, cuando yo me revuelva contra ellos. ⁷ Mis servidores te van a llevar a la montaña y te van a dejar en una de las ciudades que están en las subidas. ⁸ Morirás cuando seas aniquilado junto con ellos. ⁹ Y no muestres un rostro tan abatido, pues seguro que abrigas la esperanza de que no sean conquistados. Así lo digo, y no dejará de cumplirse ni una sola de mis palabras.»

¹⁰ Holofernes ordenó a los hombres que estaban al servicio de su tienda que tomaran a Ajior, lo llevaran a Betulia y lo entregaran en manos de los israelitas. ¹¹ Sus hombres lo agarraron y lo condujeron fuera del campamento, a la llanura; de la llanura abierta pasaron a la región montañosa y alcanzaron las fuentes que había al pie de Betulia. ¹² Cuando los hombres de la ciudad los divisaron desde la cumbre del monte, corrieron a las armas y salieron fuera de la ciudad, a la cumbre del monte, mientras los honderos dominaban la subida y disparaban sus piedras contra ellos. ¹³ Entonces los asirios se deslizaron al pie del monte, ataron a Ajior, lo dejaron tendido en la falda y se volvieron donde su señor.

¹⁴ Los israelitas bajaron de su ciudad, se acercaron y, tras desatarle, lo llevaron a Betulia y lo presentaron a los jefes de la ciudad, ¹⁵ que en aquel tiempo eran Ozías, hijo de

Miqueas, de la tribu de Simeón, Jabrís, hijo de Gotoniel, y Jarmís, hijo de Melquiel. ¹⁶ Éstos mandaron convocar a todos los ancianos de la ciudad. Se unieron también a la asamblea todos los jóvenes y las mujeres; pusieron a Ajior en medio de toda la gente, y Ozías le interrogó acerca de lo sucedido. ¹⁷ Ajior respondió narrándoles las deliberaciones habidas en el Consejo de Holofernes, todas las cosas que él mismo había dicho ante todos los jefes de los asirios y las bravatas que Holofernes había proferido contra la casa de

Israel. ¹⁸ Entonces el pueblo se postró, adoró a Dios y clamó: ¹⁹ «Señor, Dios del cielo, mira su soberbia, compadécete de la humillación de nuestra raza y mira con piedad a los que te están consagrados.» ²⁰ Después dieron ánimos a Ajior y le felicitaron calurosamente, ²¹ y a la salida de la asamblea, Ozías lo condujo a su propia casa y ofreció un banquete a los ancianos. Y estuvieron invocando la ayuda del Dios de Israel durante toda la noche.

II.- El asedio de Betulia. Campaña contra Israel.

7 ¹ Al día siguiente, ordenó Holofernes a todo su ejército y a toda la gente que iban como tropas auxiliares que avanzasen contra Betulia, ocupasen los accesos de la montaña y comenzasen las hostilidades contra los israelitas. ² El mismo día levantaron el campamento todos los hombres de su ejército. Sus guerreros sumaban ciento veinte mil infantes y doce mil jinetes, sin contar los encargados del bagaje y la gran cantidad de hombres que iban a pie con ellos. ³ Acamparon en el valle que hay cerca de Betulia, junto a la fuente, y se desplegaron a lo largo y a lo ancho: desde Dotán hasta Belbáin, y desde Betulia hasta Quiamón, que está frente a Esdrelón. ⁴ Cuando los israelitas vieron tal muchedumbre, quedaron sobrecogidos y se dijeron unos a otros: «Ahora arrasarán éstos toda la tierra y ni los montes más altos ni los barrancos ni las colinas podrán soportar su peso.» ⁵ Tomó cada cual su equipo de guerra, encendieron hogueras en las torres y permanecieron junto a las armas toda aquella noche.

⁶ Al segundo día, Holofernes hizo desfilar toda su caballería ante los israelitas que había en Betulia. ⁷ Inspeccionó todas las subidas de la ciudad, reconoció las fuentes y las ocupó, dejando en ellas guarniciones de soldados; y él se volvió donde su ejército. ⁸ Se acercaron entonces a él los príncipes de los hijos de Esaú, todos los jefes de los moabitas y los generales del litoral, y le dijeron: ⁹ «Si nuestro señor nos escucha, no habrá ni un solo herido en tu ejército. ¹⁰ Este pueblo de los israelitas no confía tanto en sus lanzas como en las alturas de los montes en que

habitan. De hecho, no es fácil escalar la cumbre de estos montes.

¹¹ «Por eso, señor, no peles contra ellos en el orden de batalla acostumbrado, para que no caiga ni un solo hombre de los tuyos. ¹² Quédate en el campamento y reserva a todos tus soldados. Nosotros mismos nos apoderaremos de la fuente que brota en la falda de la montaña, ¹³ porque de ella se abastecen todos los habitantes de Betulia. La sed los destruirá y tendrán que entregarte la ciudad. Nosotros, con nuestras tropas, ocuparemos las alturas de los montes cercanos y acamparemos en ellas, vigilando para que no salga de la ciudad ni un solo hombre. ¹⁴ Ellos, sus mujeres y sus hijos, serán consumidos por el hambre; y, aun antes de que la espada los alcance, caerán tendidos por las plazas de su ciudad. ¹⁵ Entonces les impondrás un duro castigo por haberse rebelado y no haber salido a tu encuentro en son de paz.»

¹⁶ Parecieron bien estos consejos a Holofernes y a todos sus oficiales, y ordenó que se ejecutara lo que proponían. ¹⁷ Se puso en marcha el ejército moabita, reforzado por cinco mil asirios, acamparon en el valle y se apoderaron de los depósitos de agua y de las fuentes de los israelitas. ¹⁸ Los edomitas y amonitas, por su parte, acamparon en el monte, frente a Dotán, y enviaron destacamentos hacia el sur y el este, frente a Egrebel, que está al lado de Jus, sobre el torrente Mojmur. El resto del ejército asirio quedó acampado en la llanura y cubría toda su superficie. Sus tiendas y bagajes formaban un campamento inmenso, porque eran una

enorme muchedumbre.

¹⁹ Los israelitas clamaron al Señor su Dios, pues su ánimo empezaba a flaquear, al ver que el enemigo les había cercado y cortado toda retirada. ²⁰ Treinta y cuatro días estuvieron cercados por todo el ejército asirio, infantes, carros y jinetes. Los habitantes de Betulia se quedaron sin reservas de agua; ²¹ las cisternas se agotaron. Ni un solo día podían beber a satisfacción, porque se les daba el agua racionada. ²² Los niños aparecían abatidos, las mujeres y los adolescentes desfallecían de sed y caían en las plazas y a las salidas de las puertas de la ciudad, faltos de fuerzas.

²³ Todo el pueblo, adolescentes, mujeres y niños, se reunieron en torno a Ozías y a los jefes de la ciudad y clamaron a grandes voces, diciendo delante de los ancianos: ²⁴ «Que Dios sea juez entre nosotros y vosotros, pues habéis cometido con nosotros una gran injusticia, al no haber hecho tentativas de paz con los asirios. ²⁵ Ahora no hay nadie que pueda valernos. Dios nos ha entregado en sus manos; sucumbiremos ante ellos de sed y seremos aniquilados. ²⁶ Llamadlos ahora

y entregad la ciudad al saqueo de la gente de Holofernes y de todo su ejército. ²⁷ Es mejor que nos convirtamos en botín suyo. Seremos sus esclavos, pero salvaremos la vida y no tendremos que presenciar cómo se mueren nuestros niños y expiran nuestras mujeres y nuestros hijos. ²⁸ Os conjuramos por el cielo y por la tierra, y por nuestro Dios, Señor de nuestros antepasados, que nos ha castigado por nuestros pecados, y por los pecados de nuestros antepasados, que cumpláis ahora mismo nuestros deseos.» ²⁹ Y toda la asamblea, a una, prorrumpió en gran llanto y clamaron, a grandes voces, al Señor Dios.

³⁰ Ozías les dijo: «Tened confianza, hermanos; resistamos aún cinco días, y en este tiempo el Señor nuestro Dios se mostrará compasivo con nosotros, porque no nos ha de abandonar por siempre. ³¹ Pero si pasan estos días sin recibir ayuda, cumpliré vuestros deseos.» ³² Despidió a la gente, y cada cual ocupó su puesto. Los hombres fueron a las murallas y torres de la ciudad, y a las mujeres y a los niños los enviaron a casa. Había en la ciudad un gran abatimiento.

III.- Judit

Presentación de Judit.

8 ¹ Se enteró entonces de ello Judit, hija de Merarí, hijo de Ox, hijo de José, hijo de Oziel, hijo de Elcías, hijo de Ananías, hijo de Gedeón, hijo de Rafaín, hijo de Ajitob, hijo de Elías, hijo de Jilquías, hijo de Eliab, hijo de Natanael, hijo de Salamiel, hijo de Sarasaday, hijo de Israel. ² Su marido Manasés, de la misma tribu y familia que ella, había muerto durante la recolección de la cebada. ³ Mientras estaba en el campo vigilando a los que ataban las gavillas, le dio una insolación a la cabeza, cayó en cama y vino a morir en su ciudad de Betulia. Fue sepultado junto a sus padres, en el campo que hay entre Dotán y Balamón. ⁴ Judit llevaba ya tres años y cuatro meses viuda, recogida en su casa. ⁵ Se había hecho construir un aposento sobre el terrado de la casa, se había ceñido de sayal y vestía ropas de viuda; ayunaba ⁶ desde que había enviudado, a excepción de los sábados y las vigilias de los sábados, los novilunios y sus vigilias, las solemnidades y los

días en que los israelitas celebraban alguna fiesta. ⁷ Era muy bella y muy bien parecida. Su marido Manasés le había dejado oro y plata, siervos y siervas, ganados y campos, de los que ella era dueña. ⁸ No había nadie que pudiera decir de ella una palabra maliciosa, porque era muy temerosa de Dios.

Judit y los ancianos.

⁹ Oyó, pues, Judit las amargas quejas que el pueblo había presentado al jefe de la ciudad, pues habían perdido el ánimo ante la escasez de agua. Supo también todo cuanto Ozías les había respondido y cómo les había jurado que entregaría la ciudad a los asirios al cabo de cinco días. ¹⁰ Entonces, mandó llamar a Jabrís y Jarmís, ancianos de la ciudad, por medio de la sierva que tenía al frente de su hacienda. ¹¹ Cuando llegaron les dijo:

«Escuchadme, jefes de los vecinos de Betu-

lia. No me parecen bien las palabras que habéis pronunciado hoy ante el pueblo, cuando habéis interpuesto entre Dios y vosotros un juramento, asegurando que entregaríais la ciudad a nuestros enemigos si en el plazo convenido no os enviaba socorro el Señor. ¹² ¿Quiénes sois vosotros para permitirnos hoy poner a Dios a prueba y suplantar a Dios entre los hombres? ¹³ ¡Así tentáis al Señor Omnipotente, vosotros que nunca llegaréis a comprender nada! ¹⁴ Nunca llegaréis a sondear el fondo del corazón humano, ni podréis captar los pensamientos de su inteligencia, pues ¿cómo vais a escrutar a Dios, que hizo todas las cosas, conocer su inteligencia y comprender sus pensamientos? No, hermanos, no provoquéis la cólera del Señor, Dios nuestro. ¹⁵ Si no quiere socorrernos en el plazo de cinco días, tiene poder para protegernos en cualquier otro momento, como lo tiene para aniquilarnos en presencia de nuestros enemigos. ¹⁶ Pero vosotros no exijáis garantías a los designios del Señor nuestro Dios, porque Dios no se somete a las amenazas, como un hombre, ni se le marca, como a cualquier mortal, una línea de conducta. ¹⁷ Pidámosle más bien que nos socorra, mientras esperamos confiadamente que nos salve. Y él escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo.

¹⁸ «Verdad es que no hay en nuestro tiempo ni en nuestros días tribu, familia, pueblo o ciudad de las nuestras que se posture ante dioses hechos por mano de hombre, como sucedió en otros tiempos, ¹⁹ en castigo de lo cual fueron nuestros antepasados entregados a la espada y al saqueo, y sucumbieron desastrosamente ante sus enemigos. ²⁰ Pero nosotros no conocemos otro Dios que él, y en esto estriba nuestra esperanza de que no nos mirará con desdén ni a nosotros ni a ninguno de nuestra raza.

²¹ «Porque si de hecho se apoderan de nosotros, caerá toda Judea; nuestro santuario será saqueado y nosotros tendremos que responder de esta profanación con nuestra propia sangre. ²² Nosotros seremos responsables de la muerte de nuestros hermanos, de la deportación de esta tierra y de la devastación de nuestra heredad, en medio de las naciones en que estemos como esclavos, y seremos para nuestros amos escarnio y

mofa, ²³ ya que nuestra esclavitud no concluiría en benevolencia, sino que el Señor nuestro Dios la convertiría en deshonra. ²⁴ Ahora, pues, mostremos a nuestros hermanos que su vida depende de nosotros y que somos responsables de las cosas sagradas, el templo y el altar.

²⁵ «Por todo esto, debemos dar gracias al Señor, nuestro Dios, que ha querido probarnos como a nuestros antepasados. ²⁶ Recordad lo que hizo con Abrahán, las pruebas por que hizo pasar a Isaac, lo que aconteció a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando pastoreaba los rebaños de Labán, el hermano de su madre. ²⁷ Como los puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que le servimos, no para castigarnos, sino para amonestarnos.»

²⁸ Ozías respondió: «En todo cuanto has dicho, has hablado con recto juicio y nadie podrá oponerse a tus razones, ²⁹ ya que no has empezado hoy a dar muestras de tu sabiduría, sino que de antiguo conoce todo el pueblo tu inteligencia y la bondad de los pensamientos que brotan de tu mente. ³⁰ Pero el pueblo padecía gran sed y nos obligaron a pronunciar aquellas palabras, y a comprometernos con un juramento que no podemos violar. ³¹ Ahora, pues, tú que eres una mujer piadosa, pide por nosotros al Señor que envíe lluvia para llenar nuestras cisternas, y así no nos veamos acabados.»

³² Respondió Judit: «Escuchadme. Voy a hacer algo que se transmitirá de generación en generación entre los hijos de nuestra raza. ³³ Estad esta noche a la puerta de la ciudad. Yo saldré con mi sierva y, antes del plazo que os habéis fijado para entregar la ciudad a nuestros enemigos, vendrá el Señor en defensa de Israel a través de mi acción. ³⁴ No intentéis averiguar lo que quiero hacer, pues no lo diré hasta no haberlo cumplido.» ³⁵ Ozías y los jefes le dijeron: «Vete en paz y que el Señor Dios te preceda para tomar venganza de nuestros enemigos.» ³⁶ Y, dejando el aposento, regresaron a sus puestos.

Oración de Judit.

9 ¹ Cayó Judit, rostro en tierra, echó ceniza sobre su cabeza, dejó ver el sayal que tenía puesto y, a la misma hora en que se ofrecía en Jerusalén, en el templo de Dios,

el incienso de aquella tarde , clamó al Señor en alta voz diciendo:

² Señor, Dios de mi padre Simeón, a quien diste una espada para vengarse de los extranjeros que habían soltado el ceñidor de una virgen para mancillarla, que desnudaron sus caderas para cubrirla de vergüenza y profanaron su seno para deshonor.

Tú dijiste: «Eso no se hace», y ellos, sin embargo, lo hicieron.

³ Por eso entregaste sus jefes a la muerte, y su lecho, rojo de vergüenza por su engaño,

lo dejaste con engaño ensangrentado. Castigaste a los esclavos junto con los príncipes, a los príncipes con los siervos .

⁴ Entregaste al saqueo a sus mujeres, sus hijas al destierro, todos sus despojos en reparto para tus hijos amados, que se habían encendido de tu celo, y tuvieron horror a la mancha hecha a su sangre y te llamaron en su ayuda.

¡Oh Dios, mi Dios, escucha a esta viuda!

⁵ Tú que hiciste las cosas pasadas, las de ahora y las venideras, que has pensado el presente y el futuro; y sólo sucede lo que tú dispones,

⁶ y tus designios se presentan y te dicen: «¡Aquí estamos!» Pues todos tus caminos están ya preparados, y tus juicios previstos de antemano.

⁷ Mira, pues, a los asirios que concentran numerosas tropas, orgullosos de sus caballos y jinetes, engreídos por la fuerza de sus infantes, fiados en sus escudos y en sus lanzas, en sus arcos y en sus hondas, y no han reconocido

que tú eres el Señor, quebrantador de guerras .

⁸ Tu Nombre es «¡Señor!» ¡Quebranta su poder con tu fuerza! ¡Abate su poderío con tu cólera!, pues planean profanar tu santuario, manchar la Tienda en que reposa la Gloria de tu Nombre, y derribar con hierro el cuerno de tu altar.

⁹ Mira su altivez, desata tu ira sobre sus cabezas; da a mi mano de viuda fuerza para lo que he proyectado.

¹⁰ Hierde al esclavo con el jefe, y al jefe con su siervo, por la astucia de mis labios. Abate su soberbia por mano de mujer.

¹¹ No está en el número tu fuerza, ni tu poder en los valientes, sino que eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados .

¹² ¡Sí, sí! Dios de mi padre y Dios de la herencia de Israel, Señor de los cielos y la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda tu creación, ¡escucha mi plegaria!

¹³ Dame una palabra seductora para herir y matar a los que traman duras decisiones contra tu alianza, contra tu santo templo y contra el monte Sión y la casa propiedad de tus hijos.

¹⁴ Haz reconocer a naciones y tribus que tú eres Yahvé, Dios de toda fuerza y poder, y que no hay protector fuera de ti para la estirpe de Israel.

IV. Judith y Holofernes

Judith se dirige al campamento de Holofernes.

10 ¹ Acabada su plegaria al Dios de Israel, y dichas todas estas palabras,

² se levantó Judith del suelo, llamó a su sierva y, bajando a la sala donde pasaba los sábados y solemnidades, ³ se quitó el sayal que vestía y se despojó de sus vestidos de viuda.

Se bañó, se ungió con perfumes exquisitos, se peinó, se puso una diadema en el cabello y se vistió la ropa que llevaba cuando era feliz, en vida de su marido Manasés. ⁴ Se calzó las sandalias, se puso los collares, brazaletes y anillos, sus pendientes y todas sus joyas, y realzó su hermosura cuanto pudo, con ánimo de seducir a todos los hombres que la viesan. ⁵ Luego entregó a su sierva un odre de vino y un cántaro de aceite, llenó una alforja con harina de cebada, tortas de higos y panes puros, empaquetó las provisiones y se lo entregó todo igualmente a su sierva. ⁶ A continuación, se dirigieron a la puerta de la ciudad de Betulia, donde se encontraron con Ozías y con Jabrís y Jarmís, ancianos de la ciudad. ⁷ Cuando vieron a Judit con el rostro transformado y mudada de vestidos, se quedaron maravillados de su extremada hermosura y le dijeron:

⁸ «¡Que el Dios de nuestros padres te haga alcanzar favor y dé cumplimiento a tus designios, para gloria de los hijos de Israel y exaltación de Jerusalén!»

⁹ Ella adoró a Dios y les dijo: «Mandad que me abran la puerta de la ciudad para que vaya a poner por obra los deseos de que me habéis hablado.» Ellos mandaron a los jóvenes que le abrieran, tal como lo pedía. ¹⁰ Así lo hicieron, y salió Judit con su sierva. Los hombres de la ciudad la siguieron con la mirada mientras descendía por la ladera, hasta que llegó al valle; y allí la perdieron de vista. ¹¹ Avanzaron ellas a través del valle, hasta que les salió al encuentro una avanzada de los asirios, ¹² que la detuvieron y preguntaron: «¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?» Ella respondió: «Hija de hebreos soy y huyo de ellos, porque están a punto de ser devorados por vosotros. ¹³ Vengo a presentarme ante Holofernes, jefe de vuestro ejército, para hablarle con sinceridad y mostrarle un camino por el que pueda pasar para adueñarse de toda la montaña, sin que perezca ninguno de sus hombres y sin que se pierda una sola vida.» ¹⁴ Oyéndola hablar aquellos hombres, y viendo la admirable hermosura de su rostro, le dijeron: ¹⁵ «Has salvado tu vida con tu decisión de bajar a presentarte ante nuestro señor. Dirígete a su tienda, que algunos de los nuestros te acompañarán hasta ponerte en sus manos. ¹⁶

Cuando estés en su presencia, no tengas miedo; anúnciale tus propósitos y él se portará bien contigo.» ¹⁷ Y eligieron entre ellos cien hombres que le dieran escolta a ella y a su sierva y las llevaron hasta la tienda de Holofernes.

¹⁸ Habiéndose corrido por todas las tiendas la noticia de su llegada, concurrió la gente del campamento, que hicieron corro en torno a ella, mientras esperaba, fuera de la tienda, que la anunciaran a Holofernes. ¹⁹ Se quedaban admirados de su belleza y, por ella, admiraban a los israelitas, diciéndose unos a otros: «¿Quién puede menospreciar a un pueblo que tiene mujeres como ésta? ¿Sería un error dejar con vida a uno solo de ellos, porque los que quedaran serían capaces de engañar a todo el mundo!»

²⁰ Salieron, pues, los de la escolta personal de Holofernes y todos sus servidores, y la introdujeron en la tienda. ²¹ Estaba Holofernes descansando en su lecho, bajo colgaduras de oro y púrpura recamadas de esmeraldas y piedras preciosas. ²² Cuando se la anunciaron, salió él hasta la entrada de la tienda, precedido de lámparas de plata. ²³ Cuando Judit llegó ante Holofernes y sus ministros, todos se maravillaron de la hermosura de su rostro. Cayó ella rostro en tierra y se postró ante él, pero los siervos la levantaron.

Primera entrevista de Judit y Holofernes.

11 ¹ Holofernes le dijo: «Ten confianza, mujer, no tengas miedo, pues ningún mal hago yo a quien se decide a servir a Nabucodonosor, rey de toda la tierra. ² Tampoco contra tu pueblo de la montaña habría alzado yo mi lanza, si ellos no me hubieran despreciado; pero ellos mismos se lo han buscado. ³ Dime ahora por qué razón huyes de ellos y te pasas a nosotros. Desde luego, al venir aquí te has salvado. Ten confianza; vivirás esta noche y las restantes. ⁴ Nadie te hará ningún mal; serás bien tratada, como se hace con los siervos de mi señor, el rey Nabucodonosor.»

⁵ Respondió Judit: «Acoge las palabras de tu sierva, y que tu sierva pueda hablar en tu presencia. Ninguna falsedad diré esta noche a mi señor. ⁶ Si te dignas seguir los consejos de tu sierva, Dios actuará contigo hasta el

fin, y mi señor no fracasará en sus proyectos. ⁷ ¡Viva Nabucodonosor, rey de toda la tierra, y viva su poder, que te ha enviado para poner en el recto camino a todo viviente! Porque gracias a ti no le sirven tan sólo los hombres, sino que, por medio de tu fuerza, hasta las fieras salvajes, los ganados y las aves del cielo viven para Nabucodonosor y para toda su casa.

⁸ «Hemos oído hablar de tu sabiduría y de la prudencia de tu espíritu, y se dice por toda la tierra que tú eres el mejor en todo el reino, de profundos conocimientos y admirable como estrategia. ⁹ Por lo que se refiere al discurso que Ajior pronunció en tu Consejo, nosotros hemos oído sus mismas palabras, pues los hombres de Betulia le han salvado y él les refirió todo lo que te dijo. ¹⁰ Acerca de esto, dueño y señor, no desestimes sus palabras; tenlas bien presentes, porque responden a la verdad. Es cierto que nuestra raza no recibe castigo ni la espada tiene poder sobre ellos si no pecan contra su Dios. ¹¹ Pero precisamente para que mi señor no se vea rechazado y con las manos vacías, la muerte se va a apoderar de ellos. Han caído en un pecado con el que provocan la cólera de su Dios cada vez que cometen tal desorden. ¹² En vista de que se les acaban los viveres y escasea el agua, han deliberado echar mano de sus ganados y están ya decididos a consumir todo aquello que su Dios, por sus leyes, les ha prohibido comer. ¹³ Han decidido, igualmente, consumir las primicias del trigo y el diezmo del vino y del aceite que habían reservado, porque están consagrados a los sacerdotes responsables del servicio de nuestro Dios en Jerusalén, y que ningún laico puede ni tan siquiera tocar con la mano. ¹⁴ Han enviado mensajeros a Jerusalén (cuyos habitantes hacen estas mismas cosas) para recabar del Consejo de Ancianos los permisos. ¹⁵ Y en cuanto les sea concedido y lo realicen, en ese mismo momento te serán entregados para su destrucción. ¹⁶ Cuando yo, tu esclava, supe todo esto, huí de ellos. Mi Dios me ha enviado para que yo haga contigo cosas de las que se pasmará toda la tierra y todos cuantos las oigan. ¹⁷ Porque tu esclava es piadosa y sirve noche y día al Dios del Cielo. Ahora, mi señor, quisiera quedarme a tu lado. Tu sierva saldría

por las noches hacia el barranco para suplicar a mi Dios, y él me dirá cuándo han cometido su pecado. ¹⁸ Yo vendré a comunicártelo y entonces tú saldrás con todo tu ejército; ninguno de ellos podrá resistirte. ¹⁹ Yo te guiaré por medio de Judea hasta llegar a Jerusalén y haré que penetres en ella. Los podrás saquear como a rebaño sin pastor, y ni un perro te ladrará. He tenido el presentimiento de todo esto; me ha sido anunciado y he sido enviada para comunicártelo.»

²⁰ Agradaron estas palabras a Holofernes y a todos sus servidores, que estaban admirados de su sabiduría, y dijeron: ²¹ «De un cabo al otro del mundo, no hay mujer como ésta, de tanta hermosura en el rostro y tanta sensatez en las palabras.» ²² Holofernes le dijo: «Bien ha hecho Dios en enviarte por delante de tu pueblo, para que esté en nuestras manos el poder, y la ruina en manos de los que han despreciado a mi señor. ²³ Por lo demás, eres tan bella de aspecto como prudente en tus palabras. Si haces lo que has prometido, tu Dios será mi Dios, vivirás en el palacio del rey Nabucodonosor y serás famosa en toda la tierra.»

12 ¹ Mandó luego que la introdujeran donde tenía su vajilla y ordenó que le sirvieran de sus propios manjares y le dieran a beber de su propio vino. ² Pero Judit dijo: «No debo comer esto, para que no me sea ocasión de falta. Que me den de las provisiones que traje conmigo.» ³ Holofernes le dijo: «Cuando se te acaben las cosas que tienes, ¿de dónde podremos traerte otras iguales? Porque no hay nadie de los tuyos con nosotros.» ⁴ Respondió Judit: «Por tu vida, mi señor, que, antes que tu sierva haya consumido lo que traje, cumplirá el Señor, por mi mano, sus designios.» ⁵ Los siervos de Holofernes la condujeron a la tienda, y ella durmió hasta media noche. Al acercarse la vigilia de la aurora, se levantó ⁶ y envió a decir a Holofernes: «Ordena, señor, que den permiso a tu sierva para salir a orar.» ⁷ Holofernes ordenó a su escolta que no se lo impidieran. Judit permaneció tres días en el campamento. Cada noche se dirigía hacia el barranco de Betulia y se lavaba en la fuente donde estaba el puesto de guardia. ⁸ A su regreso, suplicaba al Señor, Dios de Israel, que diese buen fin a sus proyectos para exalta-

ción de los hijos de su pueblo. ⁹ Y, ya purificada, entraba en la tienda y allí permanecía hasta que le traían su comida de la tarde.

Judit en el banquete de Holofernes.

¹⁰ Al cuarto día, dio Holofernes un banquete exclusivamente para sus oficiales; no invitó a ninguno de los encargados de los servicios. ¹¹ Dijo, pues, a Bagoas, el eunuco que tenía al frente de sus negocios: «Trata de persuadir a esa mujer hebrea que tienes contigo de que venga a comer y beber con nosotros. ¹² Sería una vergüenza para nosotros que dejáramos marchar a tal mujer sin habernos entretenido con ella. Si no somos capaces de atraerla, luego se burlará de nosotros.» ¹³ Abandonó Bagoas la presencia de Holofernes, entró en la tienda de Judit y dijo: «Que esta bella esclava no se niegue a venir donde mi señor, para ser honrada en su presencia, para beber vino alegremente con nosotros y ser, en esta ocasión, como una de las mujeres asirias que viven en el palacio de Nabucodonosor.» ¹⁴ Judit le respondió: «¿Quién soy yo para oponerme a mi señor? Haré prontamente todo cuanto le agrade, pues eso me servirá de motivo de gozo mientras viva.»

¹⁵ Después se levantó y se engalanó con sus vestidos y todos sus ornatos femeninos. Se adelantó su sierva para extender en tierra, frente a Holofernes, los tapices que había recibido de Bagoas para el uso cotidiano, con el fin de que pudiera tomar la comida reclinada sobre ellos. ¹⁶ Luego entró Judit y se reclinó. El corazón de Holofernes quedó arrebatado al verla; sintió una gran turbación y experimentó un violento deseo de unirse a ella, pues, desde el día que la vio, andaba buscando una ocasión para seducirla. ¹⁷ Díjole Holofernes: «¡Venga, bebe y comparte nuestra alegría!» ¹⁸ Judit respondió: «Beberé, señor, pues, desde el día en que nací, nunca estimé en tanto mi vida como ahora.» ¹⁹ Reclinada frente a él, comió y bebió sirviéndose de las provisiones que su sierva había preparado. ²⁰ Holofernes, que se hallaba bajo el influjo de su encanto, bebió vino tan copiosamente como jamás lo había hecho en toda su vida.

13 ¹ Cuando se hizo tarde, sus oficiales se apresuraron a retirarse. Bagoas

cerró la tienda por el exterior, después de haber retirado de la presencia de su señor a los que todavía quedaban. Todos se fueron a dormir, aturdidos por el exceso de bebida. ² Sólo quedaron en la tienda Judit y Holofernes, desplomado sobre su lecho y rezumando vino. ³ Judit había mandado a su sierva que se quedara fuera de su dormitorio y esperase a que saliera, como los demás días. (En efecto, ella ya había dicho que saldría para hacer su oración, y en este mismo sentido había hablado a Bagoas.)

⁴ Todos se habían retirado; nadie, ni grande ni pequeño, quedó en la alcoba. Judit, puesta de pie junto al lecho, dijo para sus adentros:

«¡Oh Señor, Dios omnipotente!
Atiende, en esta hora,
a la empresa de mis manos,
para exaltación de Jerusalén.

⁵ Ha llegado el momento
de esforzarse por tu heredad
y hacer que mis decisiones
sean la ruina de los enemigos
que se alzan contra nosotros.»

⁶ Avanzó, después, hasta la columna del lecho que estaba junto a la cabeza de Holofernes, tomó de allí su cimitarra, ⁷ se acercó al lecho, agarró la cabeza de Holofernes por los cabellos y dijo: «¡Dame fortaleza, Dios de Israel, en este momento!» ⁸ Y, con todas sus fuerzas, descargó dos golpes sobre el cuello y le cortó la cabeza. ⁹ Después hizo rodar el tronco fuera del lecho, arrancó las colgaduras de las columnas y, saliendo, entregó la cabeza de Holofernes a su sierva, ¹⁰ que la metió en la alforja de las provisiones. Luego salieron las dos juntas a hacer la oración, como de costumbre. Atravesaron el campamento, contornearon el barranco, subieron por el monte de Betulia y se presentaron ante las puertas de la ciudad.

Judit lleva a Betulia la cabeza de Holofernes.

¹¹ Judit gritó desde lejos a los centinelas de las puertas: «¡Abrid, abrid la puerta! El Señor, nuestro Dios, está con nosotros para hacer todavía hazañas en Israel y mostrar su poder contra nuestros enemigos, como lo ha hecho hoy mismo.» ¹² Al oír su voz, los hombres de la ciudad bajaron rápidamente a la

puerta y llamaron a los ancianos. ¹³ Acudieron todos corriendo, desde el más grande al más chico, porque no tenían esperanza de que ella volviera. Abrieron, pues, la puerta, las recibieron y, encendiendo una hoguera para que se pudiera ver, hicieron corro en torno a ellas. ¹⁴ Judit les dijo en alta voz: «¡Alabad a Dios, alabadle! Alabad a Dios, que no ha apartado su misericordia de la casa de Israel, pues esta noche ha destrozado a nuestros enemigos por mi mano.» ¹⁵ Y sacando de la alforja la cabeza, se la mostró, diciéndoles: «Mirad la cabeza de Holofernes, jefe supremo del ejército asirio, y mirad las colgaduras bajo las cuales se acostaba en sus borracheras. ¡El Señor lo ha herido por mano de mujer! ¹⁶ Juro por el Señor, que me ha guardado en el camino que emprendí, que Holofernes fue seducido, para perdición suya, por mi rostro, pero que no ha cometido conmigo ningún pecado que me manche o me deshonre.»

¹⁷ Todo el pueblo quedó lleno de estupor

y, postrándose, adoraron a Dios y dijeron a una: «¡Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado el día de hoy a los enemigos de tu pueblo!» ¹⁸ Ozías dijo a Judit:

«¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra! Y bendito sea Dios, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos.

¹⁹ Jamás tu confianza faltará en el corazón de los hombres, que recordarán la fuerza de Dios eternamente.

²⁰ Que Dios te conceda, para exaltación perpetua, ser favorecida con todos los bienes, porque no vacilaste en exponer tu vida a causa de la humillación de nuestra raza. Detuviste nuestra ruina procediendo rectamente ante nuestro Dios.»

Todo el pueblo respondió: «¡Amén, amén!»

V.- La victoria

Los judíos asaltan el campamento asirio.

14 ¹ Judit les dijo: «Escuchadme, hermanos. Tomad esta cabeza y colgadla en el saliente de nuestras murallas. ² Y apenas despunte el alba y salga el sol sobre la tierra, empuñaréis cada uno vuestras armas y saldréis fuera de la ciudad todos los hombres capaces. Que se ponga uno al frente, como si intentarais bajar a la llanura para atacar la avanzada de los asirios. Pero no bajéis. ³ Los asirios tomarán sus armas y marcharán a su campamento para despertar a los jefes del ejército de Asiria. Correrán a la tienda de Holofernes, pero, al no dar con él, quedarán aterrorizados y huirán ante vosotros. ⁴ Entonces, vosotros y todos los habitantes del territorio de Israel saldréis en su persecución y los batiréis en retirada.

⁵ «Pero antes, traed aquí a Ajior el amonita, para que vea y reconozca al que despreciaba a la casa de Israel, al que le envió a nosotros como destinado a la muerte.» ⁶ Hicieron, pues, venir a Ajior desde la casa de Ozías. Al llegar y ver que uno de los hombres de la asamblea del pueblo tenía en la mano

la cabeza de Holofernes, cayó al suelo, desvanecido. ⁷ Cuando lo reanimaron, se echó a los pies de Judit, se postró ante ella y dijo:

«¡Bendita seas en las tiendas de Judá y en todas las naciones, que, cuando oigan tu nombre, se sentirán turbadas!»

⁸ «Y ahora, cuéntame lo que has hecho durante este tiempo.» Judit le contó, en presencia del pueblo, todo cuanto había hecho, desde que salió hasta el momento en que les estaba hablando. ⁹ Cuando hubo acabado su relato, todo el pueblo lanzó grandes aclamaciones y en toda la ciudad resonaron los gritos de alegría. ¹⁰ Ajior, por su parte, viendo todo cuanto había hecho el Dios de Israel, creyó en él firmemente, se hizo circuncidar y quedó anexionado para siempre a la casa de Israel.

¹¹ Apenas despuntó el alba, colgaron de la muralla la cabeza de Holofernes, tomaron las armas todos los hombres de Israel y salieron, por grupos, hacia las subidas. ¹² Al verlos los asirios, comunicaron la novedad a sus oficiales, que a su vez la fueron comunicando a sus estrategias, comandantes y a todos sus

jefes, ¹³ hasta llegar a la tienda de Holofernes. Dijeron, pues, a su intendente general: «Despierta a nuestro señor, porque esos esclavos tienen la osadía de bajar a combatir contra nosotros, para hacerse exterminar completamente.» ¹⁴ Entró, pues, Bagoas y dio palmadas ante la cortina de la tienda, porque suponía que Holofernes estaría durmiendo con Judit. ¹⁵ Como nadie respondía, apartó la cortina, entró en el dormitorio y lo encontró tendido sobre el umbral, muerto y decapitado. ¹⁶ Dio entonces un gran grito, acompañado de gemidos, llanto y fuertes alaridos, al tiempo que rasgaba sus vestiduras. ¹⁷ Entró luego en la tienda en que se había aposentado Judit y, al no verla, se precipitó hacia la tropa gritando: ¹⁸ «¡Esas esclavas eran unas pérfidas! Una sola mujer hebrea ha cubierto de vergüenza la casa del rey Nabucodonosor. ¡Mirad a Holofernes, derribado en tierra y decapitado!» ¹⁹ Cuando los jefes del ejército asirio oyeron estas palabras, su ánimo quedó turbado hasta el extremo, rasgaron sus túnicas y recorrieron el campamento lanzando gritos y voces.

15 ¹ Los del campamento, al oírlo, quedaron estupefactos; ² fueron presa del terror y del pánico, y nadie ya fue capaz de mantenerse al lado de sus compañeros. Huyeron todos a la desbandada, por todos los caminos, por la llanura y la montaña. ³ También los que estaban acampados en la altura, sitiando a Betulia, se dieron a la fuga. Entonces, todos los hombres de guerra de Israel cayeron sobre ellos. ⁴ Ozías mandó aviso a Betomestáin, a Bebé, Jobá y Colá, y a los habitantes de la montaña de Israel, notificando cuanto había pasado, para que todos se arrojaran sobre los enemigos y los exterminaran. ⁵ Cuando los israelitas lo supieron, todos, como un solo hombre, se lanzaron sobre los asirios y los batieron hasta Jobá. También acudieron los de Jerusalén y los de la montaña, porque también a ellos se les dio noticia de lo sucedido en el campo enemigo. De igual modo, los de Galaad y Galilea, atacándolos de flanco, les hicieron un enorme estrago, hasta que pudieron refugiarse en Damasco y su región. ⁶ En cuanto a los demás habitantes de Betulia, cayeron sobre el campamento asirio, lo saquearon y se hicieron con grandes riquezas. ⁷ Los israelitas, de vuelta de la matanza, se hicieron dueños del

resto. También los de las aldeas y granjas de la montaña y del llano se hicieron con un gran botín, porque había una abundancia incalculable.

Acción de gracias.

⁸ El sumo sacerdote Joaquín, con el Consejo de Ancianos de Israel y los habitantes de Jerusalén, vinieron a contemplar los beneficios que el Señor había hecho a Israel, y a ver y saludar a Judit. ⁹ Al llegar ante ella, todos a una la bendijeron diciendo:

«Tú eres la exaltación de Jerusalén,
tú el gran orgullo de Israel,
tú la suprema gloria de nuestra raza.

¹⁰ Al hacer todo esto por tu mano
has procurado la dicha de Israel
y Dios se ha complacido
en todo lo que has hecho.

Bendita seas del Señor Omnipotente
por siglos infinitos.»

Y todo el pueblo respondió: «¡Amén!»

¹¹ El conjunto del pueblo estuvo recogiendo botín del campamento durante treinta días. A Judit le dieron la tienda de Holofernes, con toda su vajilla de plata, sus divanes, sus vasijas y todo su mobiliario. Ella lo tomó y lo cargó sobre su mula; preparó sus carros y lo amontonó todo encima. ¹² Todas las mujeres de Israel acudieron para verla y la bendecían danzando en corro. Judit tomaba tirsos con la mano y los distribuía entre las mujeres que estaban a su lado. ¹³ Ellas y sus acompañantes se coronaron con ramas de olivo; después, dirigiendo el corro de las mujeres, se puso danzando a la cabeza de todo el pueblo. La seguían los hombres de Israel, pertrechados de sus armas, llevando coronas y cantando himnos. ¹⁴ Judit entonó, en medio de todo Israel, este himno de acción de gracias, y todo el pueblo repetía sus alabanzas:

16 ¹ ¡Alabad a mi Dios con tamboriles,
elevad cantos al Señor con címbalos,
entonadle un salmo de alabanza,
ensalza e invocad su Nombre!

² Porque el Señor es un Dios
exterminador de guerras,
porque en sus campos,
en medio de su pueblo,
me arrancó de la mano
de mis perseguidores.

³ Los asirios de los montes del norte

vinieron con tropa innumerable;
su muchedumbre obstruía los torrentes,
y sus caballos cubrían las colinas.

⁴ Hablaban de incendiar mis tierras,
de pasar mis jóvenes a espada,
de estrellar contra el suelo a los bebés,
de entregar como botín a mis niños
y de dar como presa a mis doncellas.

⁵ El Señor Omnipotente
por mano de mujer los anuló.

⁶ Que no fue derribado su caudillo
por jóvenes guerreros,
ni le hirieron hijos de Titanes,
ni altivos gigantes lo vencieron;
lo subyugó Judit, hija de Merarí,
con sólo la hermosura de su rostro.

⁷ Se despojó de sus vestidos de viuda,
para exaltar a los afligidos de Israel;
ungió su rostro de perfumes,

⁸ prendió con una cinta sus cabellos,
ropa de lino vistió para seducirle.

⁹ La sandalia de ella le robó los ojos,
su belleza cautivó el alma...

¡y la cimitarra atravesó su cuello!

¹⁰ Se pasmaron los persas con su audacia,
se turbaron los medos por su temeridad.

¹¹ Entonces clamaron mis humildes,
y ellos temblaron de miedo;
clamaron mis débiles,
y ellos quedaron aterrados;
alzaron su voz éstos,
y ellos se dieron a la fuga.

¹² Hijos de jovenzuelas los asaetearon,
como a hijos de desertores los hirieron,
perdieron en la batalla contra mi Señor.

¹³ Cantaré a mi Dios un cantar nuevo:
«¡Tú eres grande, Señor, eres glorioso,
admirable en poder e insuperable!»

¹⁴ Sírvante a ti las criaturas todas,
pues hablaste tú y fueron hechas,
enviaste tu espíritu y las hizo,
y nadie puede resistir tu voz.

¹⁵ Pues los montes, desde sus cimientos,
serán sacudidos con las aguas;
las rocas en tu presencia
se fundirán como cera;
pero con aquellos que te temen,

te muestras tú siempre propicio.

¹⁶ Porque es muy poca cosa
todo sacrificio de calmante aroma,
y apenas es nada la grasa
para serte ofrecida en holocausto.
Mas quien respeta al Señor
será grande para siempre.

¹⁷ ¡Ay de las naciones
que se alzan contra mi raza!
El Señor Omnipotente las castigará
en el día del juicio.
Entregará sus cuerpos
al fuego y a los gusanos,
y gemirán en dolor eternamente.

¹⁸ Cuando llegaron a Jerusalén, adoraron
a Dios y, una vez purificado el pueblo, ofrecieron sus holocaustos, sus ofrendas voluntarias y sus dones. ¹⁹ Judit ofreció todo el mobiliario de Holofernes, que el pueblo le había concedido, y entregó a Dios en anatema las colgaduras que ella misma había tomado del dormitorio de Holofernes. ²⁰ Durante tres meses permaneció el pueblo en Jerusalén, celebrando festejos delante del santuario. También Judit estaba presente.

Ancianidad y muerte de Judit.

²¹ Pasados aquellos días, se volvió cada uno a su heredad. Judit regresó a Betulia, donde vivió disfrutando de su hacienda; fue en su tiempo muy famosa en toda aquella tierra. ²² Muchos la pretendieron, pero ella no tuvo relaciones con ningún hombre en toda su vida, desde que su marido Manasés murió y fue a reunirse con los suyos. ²³ Vivió hasta la avanzada edad de ciento cinco años, y pasó su ancianidad en casa de su marido. A su sierva le concedió la libertad. Murió en Betulia y fue sepultada en la cueva de su marido Manasés. ²⁴ La casa de Israel la lloró durante siete días. Antes de morir, distribuyó su hacienda entre los parientes de su marido Manasés y entre sus propios parientes.

²⁵ Nadie ya atemorizó a los israelitas mientras vivió Judit, ni en mucho tiempo después de su muerte.

Fuente

*Biblia de Jerusalén, 4a edición.
Bilbao, España, Editorial Desclée De Brouwer. 2009
Presentación preparada por
Luis Mariano Salazar Mora*